

***Tamerlán* o el gobierno del príncipe en la decadencia del imperio**

Enrique Serrano muestra ante el mundo literario del momento que la nueva literatura colombiana es algo más que el extraordinario realismo mágico; de quien Gabriel García Márquez es el más destacado representante. Serrano se suma a la lista de escritores colombianos que escriben de distintos temas, con estilos diversos y aproximaciones novedosas generando una nueva literatura hispanoamericana. A modo de ejemplo, sirve observar que la obra que nos compete en este análisis, *Tamerlán*, es de temática histórica y no precisamente sobre un período de la historia colombiana.¹ Además, el texto no se puede incluir en la definición fácil de novela, porque su estructura juega con diversos discursos: epistolar, astrológico y didáctico -por medio de exordios; los cuales serán tenidos en consideración en el presente ensayo.

Serrano ha escrito los libros de narraciones *La marca de España* (1997) y *De parte de Dios* (2000). Con *Tamerlán*, Serrano continúa mostrando su interés por los temas históricos. Si en *La marca de España* sus narraciones giran alrededor de España y su influjo en el mundo; en *Tamerlán* el interés es por el destino del imperio turco-mongol instaurado por Tamerlán (1336-1405). Una de las narraciones de *La marca de España* “El embajador”, trata de la visita que hace al Gran Emir -Timur “don Ruy González de Clavijo, embajador del rey Enrique III de Castilla” (93).²

La obra *Tamerlán* tiene forma epistolar. En esta, Mohamed Koagin escribe para Ulugh Beg, nieto del gran Timur o Tamerlán. El libro está dividido en cuatro partes, cada una correspondiente a una estación del año. En total contiene 52 cartas; comienzan con la llegada del otoño y cubren un año completo. Las cartas tienen una estructura tripartita fija: se inician con la lectura de los astros en el momento de su escritura; seguidas de un exordio sobre diversos tópicos

y terminadas con narraciones y anécdotas sobre Sakib Khirán, Timur. En general, la última parte de cada carta refuerza con ejemplos concretos las enseñanzas y consejos que los exordios contienen. La única carta que no tiene esta estructura es la primera, donde el consejero Koagin se presenta al joven Ulugh Beg y le dice que su abuelo es quien ha ordenado que le escriba. El consejero comenta que sus intenciones, entonces, son “...hacerte bien y comunicarte algunos consejos útiles” (16).³ En la carta 50, el consejero afirma que el Gur Emir, en su vejez se sumió en un mutismo profundo. “Por eso, cuando tú lo conociste, ya estaba tan lejos de ti que creyó necesario usar un intermediario para que supieras parte de sus secretos” (269).

Mohamed Koagin era de origen persa y llegó a servir a la corte del Gur Emir -Tamerlán; sin importarle que el conquistador turco-mongol destruyera su ciudad natal, Shiraz.⁴ Koagin llegó a ocupar el cargo de gran visir de la corte y pudo acompañar por muchos años al Gur Emir en sus conquistas que incluyeron: Persia, India, Asia Central y la región del Cáucaso. Sin embargo, por exceso en sus comentarios en una de las campañas de conquista perdió su puesto en la corte:

-Honestamente creo, Emir supremo, que debes proseguir tu camino sin fijarte en esta distante fortaleza que tanto nos cuesta conquistar, porque tal vez Allah te reclama en otra parte” (153).

Timur, en un arranque de furia, lo rebajó de dignidad señalándole la cocina de la corte como su destino final. Además, lo despojó de toda riqueza y lo aisló de su familia.

-Juro por Allah que no oiré jamás tu voz de nuevo y que lamentarás haber dicho lo que has dicho esta tarde. Arrastrarás tu suerte en las cocinas, y la suciedad y el desperdicio serán los únicos que oigan tus consejos (153).

En el momento que el consejero Koagin comienza a escribir sus cartas ha caído en desgracia y es un simple cocinero de la corte. Por muchos años ha desempeñado este oficio y su contacto con Tamerlán ha sido nulo. Sin embargo, sintiendo la cercanía de la muerte el conquistador le encarga que le escriba a su nieto la verdad sobre su abuelo: “Él me ha pedido que lo haga para ti porque siente que su hora ha llegado y no ignora que los biógrafos mentirán, ya por odio o por temor, acerca de sus hechos y de su gloria” (15).

Se observa que hay una intención clara en el consejero: obedecer la orden dada por el conquistador turco-mongol de contar la verdad sobre sus hechos y su gloria. Pero también trata de aprovechar las cartas para, al mejor estilo de los pícaros de la literatura, mejorar su triste condición y reunirse de nuevo con su familia.

En la literatura picaresca sobran los ejemplos de novelas donde el pícaro escribe a “su merced”, con el fin de obtener perdón por los desafueros cometidos o alcanzar prebendas y una mejor posición social.⁵ En apartes de algunas de las cartas, el consejero clama al nieto para que lo ayude y le quite el duro oficio de cocinero de la corte:

Había pensado que quizás pudieras redimirme de mis penosas labores de cocina y ponerme al frente de la tarea de formar la biblioteca de Samarcanda durante los años, muy pocos ya, que me quedan de vida. Te iba a rogar que intercedieras por mí para que me fuese concedida esta pequeña merced, en caso de que mis méritos fueran suficientes (187).

El consejero, al buen uso de la picaresca española, trata de utilizar las cartas para obtener remedio a sus cuitas.⁶ También, clama por ayuda para su hijo Omar y al final pide que el nieto ayude a su esposa y a sus hijos.⁷ Pero Ulugh Beg no presta atención a los ruegos del consejero Koagin. Al final de la carta 51, la penúltima, le escribe: “Me preocupa la suerte de mi familia y

de mis hijos a los que no veo hace años, y te pido, como un favor de amigo, que protejas y acojas a los seres que brotaron de mis manos y de mis sienas pues son inocentes de todos mis errores” (277). No hay tal ayuda, y al final, en la carta 52 el consejero se queja “...ya que ignoro la suerte de mi esposa y de mis hijos...” (280). Se nota que los intentos continuos, durante todo un año, por tratar de ganar prebendas y mejor posición a través de las cartas al nieto de Tamerlán han sido en vano. El consejero no logra mover a compasión al nieto.

Hasta qué punto la verdad será contada por el consejero, es algo sobre lo que cabe dudar. El consejero, en su carta inicial, además de mencionar el encargo recibido de parte del Emir, menciona que sus cartas “...serán leídas al Emir antes que a ti, de modo que cada palabra habrá sido aprobada por su conciencia cuando llegue a tus oídos...” (16). Con este comentario, el consejero intenta minimizar las responsabilidades que puedan recaer sobre él, por lo que escriba en sus cartas, y así evitar castigos. Sabe que el nieto llegará algún día a gobernar y que sus palabras pueden ir en su contra. Sin embargo, Timur muere antes de que el consejero termine de escribir sus cartas. Por tanto, en las cartas finales, el consejero no tiene la mirada del conquistador sobre lo que escribe al nieto. Así, al final del libro, el juicio sobre la obra de Tamerlán es más abierto y sus indicaciones al nieto son directas, insistiéndole sobre la importancia de las ciencias y la necesidad de ser feliz antes que cualquier cosa en este mundo.

Las cartas, por tanto, deben ser leídas en dos planos fundamentales: dar cuenta verdadera (verdad que el Emir se encarga de tamizar al leer las cartas) de las hazañas e intenciones de las acciones del conquistador; y observar la manera sutil como el consejero Koagin intenta beneficiarse de estas misivas al nieto del conquistador.

Por medio de las cartas, el consejero comienza a orientar al nieto del Gur Emir para que se prepare para ejercer el poder. Los exordios lo preparan en lo ideológico, y todos están orientados a señalar al nieto lo que debe hacerse para gobernar y vivir bien.

El libro contiene 51 exordios, uno por cada carta; a excepción de la carta 1 que es la presentación del consejero. Hay dos exordios dedicados a Dios (Carta 6) y a Allah, en la última (carta52). En el primero de estos dos exordios se habla de las obras de Dios en el mundo y que éstas no deben ser cuestionadas. Los designios divinos, según el consejero, tienen una verdad que sólo Allah conoce. “Nuestra obligación consiste en entenderlas y sacar fruto de ellas, y no en cuestionarlas como pretenden algunos de modo quimérico” (43). Entre las cosas del mundo están las guerras, que son males necesarios, y que son permitidas por Allah por razones que desconocemos. “Allah no quiso regalarnos un destino cómodo, y con ello nos premió con la dicha del ingenio y la miel de la fe” (44). En el exordio de la última carta, el consejero reconoce que en su juventud fue “contumaz y tozudo” en cuanto a los asuntos de Allah. Pero en la vejez, reconoce que su fe es un gran consuelo. “Ahora que todo eso me ha sucedido, hallo mi consuelo nocturno rezando fervorosamente a Allah, alabando sus obras y agradeciéndole por los dones espirituales y materiales que me concedió en el curso de tan larga existencia” (278). En ambos exordios, se trata de enseñar al nieto la importancia de la fe en Allah y a no juzgar sus designios sino a comprenderlos.

Hay otros exordios que se orientan a forjar una personalidad fuerte y ecuánime. En la carta 2 el exordio es sobre la prudencia. En este insiste en la importancia del silencio, del saber mentir y hablar como corresponde a un rey. En cuanto al pensamiento, el consejero le reconviene al nieto lo siguiente: “...que nadie sepa lo que piensas, más que tú mismo y aquellos en quienes la confianza se vierta tan suavemente como en tu propio ser” (20).

El exordio de la carta 3 es sobre el río. En este el consejero aconseja al nieto sobre los cambios incesantes en el mundo y la necesidad de estar preparado para ellos. No solo a nivel personal sino a nivel del gobierno, del reino. Escribe el consejero: “El curso de las cosas de Allah grita insultos a su creador y todo marcha sin conciencia hacia su fin, con los ojos abiertos o cerrados, pero sin poder detenerse” (25).

Relacionado con el exordio anterior está el que aparece en la carta 4: sobre el sufrimiento. Si en el exordio de la carta 3 insiste sobre la necesidad de estar preparados para lo impredecible, en la carta 4 considera que el sufrimiento purifica. En este exordio el consejero se pone de ejemplo. Comenta que la existencia del dolor es una manera de reconocer que aún no estamos en el paraíso. Al final envía un mensaje de aliento al nieto del Gur Emir al mencionarle los momentos de felicidad que el mundo le reserva. “Goza pues de esa gloria desde ahora, porque está hecha de aire como los más refinados perfumes” (32).

Las cartas 5, 8, 9, 21, 27, tratan sobre elementos de la naturaleza: los insectos, la estepa, los caballos, las golondrinas, el sol. En el exordio sobre los insectos, la idea fundamental es el valor del trabajo colectivo. Para el consejero los insectos enseñan el valor del esfuerzo colectivo para forjar guerras victoriosas. Escribe el consejero: “Su esfuerzo se dirige tan sólo a que algunos de la especie sobrevivan, sin importar los medios que usen para ello” (37). Para concluir que: “...los preceptos tienen que ser conservados aunque millones sucumban” (38). El consejero insiste, en varios de los exordios, sobre la importancia de la guerra como mal necesario y la necesidad de preservar el imperio a toda costa y sin importar los medios.

El exordio de la carta 8 versa sobre la estepa y la define como “femenina y mata a sus hijos si no están preparados para atravesarla...” (54). El nieto debe aprender a convivir en la estepa, a tenerla en consideración en todo tipo de campaña guerrera que emprenda. Conocer la

estepa será uno de los baluartes que le ayudará a ganar la guerra. Además, la estepa es el ámbito natural del reino y el sitio a donde volverán a reposar al final de sus días.

El exordio de la carta 9 es sobre los caballos. De nuevo, el exordio sobre estos equinos versa sobre su importancia para la guerra. El reconocimiento que le da a estos animales el consejero es absoluto, y en ello insiste ante el nieto: “Ellos son el alma de nuestro ejército y la fortaleza que a menudo nos falta; sin ellos, muchacho, no seríamos lo que somos...ámalos como ellos te aman, sin porqués” (61).

En la carta 21, el exordio trata de las golondrinas. Al igual que en el exordio de la carta 3, sobre el río, se insiste en la idea del cambio y de la errancia de los seres humanos. En este exordio, el consejero expresa su pesimismo frente al destino humano. En general, el consejero es pesimista y considera que todo va camino de decaer: el imperio después de Timur, por ejemplo; y los destinos humanos en general van a la muerte, pasando por la debilidad representada por la vejez o la enfermedad. El consejero considera que al igual que las golondrinas, “todos somos arrastrados por sutilezas, sueños y fantasmagorías, y vamos de aquí para allá poseídos por alocados demonios que habitan el aire” (135).

El exordio sobre el sol aparece en la carta 27. Al igual que el exordio sobre las estepas, el consejero anima al nieto a reconocer la importancia del sol para su pueblo que, a diferencia de otros, vive en las llanuras. Para el consejero, es importante que el nieto observe la naturaleza y aprenda la manera correcta de relacionarse con los elementos naturales que bien utilizados pueden ayudarlo a mantener el reino y a forjar una personalidad fuerte y justa. Al final afirma sobre el sol: “Es una obra perfecta de Dios que da vida y que mata, y sin la cual viviríamos perdidos en la lúgubre penumbra” (166).

En el mensaje que le envía el mensajero al nieto, se observa que en algunos exordios insiste sobre la importancia de la ciencia, y la necesidad de respetar a los sabios. El mensajero es contradictorio en cuanto a qué realmente desea que el nieto llegue a ser. Su mensaje está orientado a que comprenda la importancia de la guerra, del buen gobierno y de la justicia para su pueblo. Pero, algunas veces insiste en darle más importancia a la ciencia y trata de convencer al nieto que este es un alto destino valorado supremamente por Allah.

En la carta 30 el exordio es sobre las ciencias. Para el mensajero dedicarse a la ciencia es una tarea divina porque gracias a ella se desentrañan los misterios y se reduce la ignorancia sobre las cosas del mundo. Por tal motivo, los sabios merecen respeto y “son por lo menos tan dignos de estima como los soldados más fieros y los arqueros más precisos” (183). Inscrita en su cosmogonía, el mensajero considera la ciencia como algo vital al reino. Ya sabemos de su pesimismo frente a la posibilidad de que el imperio se mantenga. En el apartado sobre la ciencia, el mensajero piensa que “sólo la ciencia y sus hijas permanecerán de pie como recuerdo de nuestro paso por el mundo” (183). Ante las terribles masacres cometidas por el Gur Emir, el consejero considera que sólo las ciencias dejaran una huella positiva del paso de este reino por el mundo. El exordio sobre las ciencias trae un elemento más a destacar. En cartas anteriores le insinuaba al nieto sobre la importancia de las ciencias y las artes. Pero en la carta 30 el abuelo ha muerto ya; y el consejero, consciente que esta mirada de censura sobre sus escritos ya no existe, le escribe directamente al joven incitándolo a dedicarse a las ciencias y parecerse más a los sabios:

Te aconsejo que los veneres y los consultes con frecuencia y que tú mismo te parezcas más a ellos que a tu abuelo el Gur Emir, porque ha llegado la hora en la que el alma brutal e indomable de los mongoles y los turcos que conquistaron los

cuatro puntos cardinales tiene que detenerse a considerar sus errores y a enfrentar a los enemigos invisibles que son el tiempo, la enfermedad y la angustia (183).

En este exordio de la carta 30, el mensajero insiste en lo frágil del poder en el mundo y cómo todo tiene a decaer, a desaparecer. Sin embargo, la ciencia es algo sublime y es una de las tareas más nobles a la que se puede dedicar persona alguna. Escribe el consejero: “De este modo conservarás el poder invisible y eterno, ya que el contingente se pierde con facilidad” (183).

En el exordio sobre la astronomía de la carta 13, el mensajero comenta que el nieto ha leído a Ptolomeo. En este exordio relaciona la astronomía como un saber imperfecto que intenta dar cuenta de la perfección del cosmos. Para el mensajero, la astronomía es un saber especial que permite “afinar los sentidos y descubrir secretas formas que están atrapadas entre sus dulces garras” (86). Reconoce en esta carta que la obra de crear un gran imperio ya ha sido realizada por el abuelo y que lo único que resta esperar es la decadencia del imperio. Por tal motivo, le aconseja al nieto que se dedique a la astronomía: “Ese sería también un buen destino para ti, ahora que la obra de construir un imperio ha sido hecha por tu abuelo y que no queda otro remedio que esperar la decadencia” (87).

Para el mensajero es clara la idea del Gur Emir de instruir a su nieto en los asuntos de Estado, que lo van a requerir en el futuro cuando llegue a ser el gobernante del imperio turco-mongol creado por Timur. Si sutilmente al principio o abiertamente al final de las cartas (ya muerto el abuelo), el mensajero orienta más al nieto hacia las ciencias que al arte de gobernar; no deja, sin embargo, de darle consejos apropiados sobre el gobierno del imperio. En la carta 44, por ejemplo, el exordio es sobre el mando. Este exordio trata fundamentalmente de definir la idea de la política que tiene el mensajero. Son varias las consideraciones que hace sobre la política. Para comenzar, escribe que su ejercicio corresponde a personas inteligentes, pero que esto no es

suficiente, porque si así fuera los filósofos serían siempre buenos gobernantes. Además de la inteligencia, se necesitan la suerte y la energía necesaria. La política es “el arte de decir lo justo y de callar el resto; avista los peligros que los demás no ven y promete las recompensas en las que los demás no creen” (249). Para el mensajero, la virtud no es absolutamente necesaria en el político y considera que “puede arreglárselas sin ella cuando sea necesario” (250). De lo anterior se deriva que la política es “simulación pero tiene un trasfondo verdadero” (250). Considera, además, que el verdadero valor de la política se da en los tiempos de paz, porque gracias a una buena política se puede tener a un pueblo tranquilo.

Otros exordios insisten en el tema del mando y el gobierno del imperio. El exordio de la carta 12 trata sobre los enemigos. Para sorpresa del lector, el consejero considera que los enemigos son necesarios; porque incitan a mejorar y a mantenerse alertas. Recomienda al nieto aprender a conocer muy bien a sus enemigos y tratarlos con magnanimidad y respeto; además de no subestimarlos jamás. Es interesante leer este juicio, porque contraviene lo hecho por el Gur Emir, quien con el imperio Persa fue terrible y mando a decapitar a miles. Al final, considera el consejero que esos enemigos los hacen mejores, más despiertos y mejor preparados para la guerra. “Esos buenos enemigos son una bendición y la razón de toda lucha; ámalos en secreto al reconocer que no habrías sido nada sin ellos” (82).

El consejero le escribe al nieto que, con sus palabras y sus consejos, busca que cuando el llegue a gobernar lo haga de manera justa y bien.⁸ Sigue en este sentido la preocupación del Gur Emir, quien no ha logrado encontrar un heredero suficientemente capaz de mantener el imperio. “Los últimos años del Gur Emir estuvieron marcados por el deseo ferviente de encontrar un heredero digno. Un buen soldado, pero también un justo juez; un hombre devoto pero también temible frente a los fieros rebeldes” (189).

Sin embargo, en la carta 31 expresa su pesimismo frente a la obra de mantener el imperio después de muerto Tamerlán. El consejero no cree que el imperio se sostenga por mucho tiempo. Observa los signos de este final próximo en las señales que envían los astros y en las características de los herederos de Timur. Teniendo en cuenta estas consideraciones, el consejero trata de orientar al nieto. Insiste en sus cartas que es tan loable el conquistar como el mantener lo conquistado y que su destino es el segundo: intentar detener en lo posible la disolución del imperio. Para tal fin, señala al nieto su deber de acercarse a las ciencias, a la lectura de los astros y al ejercicio del buen gobierno. Los exordios tienen este fin, preparar desde lo ideológico al nieto para que llegue a gobernar el imperio. Pero también, enseñarle a vivir. El consejero no ve solamente al nieto como un posible rey sino como un ser humano y por medio de sus cartas trata de que aprenda a ser justo, a mantener la templanza en medio de las vicisitudes y a buscar la felicidad. Koagin orienta al nieto en dos sentidos precisos: en el oficio de gobierno, por medio de la búsqueda de ser un justo juez y un buen soldado; y en el de ser humano, por medio de las ciencias, las artes y la búsqueda de la felicidad.

Continuamente el consejero evita juzgar las acciones del Gur Emir, y señala que las razones últimas de las acciones humanas sólo las conoce Allah. Escribe el consejero:

La obra de Allah está sembrada de paradojas. Nuestra obligación consiste en entenderla y sacar fruto de ellas, y no en cuestionarlas como pretenden algunos de modo quimérico: el destino de la mayoría se rige totalmente por los designios de unos pocos, no siempre los mejores por desgracia; y debe ser así, sin embargo, pues cuando no hay quien conduzca los rebaños perdidos, la multitud engeguedada cae en la insulsa rebelión o en el desaliento. La vida de los pueblos pacíficos es un aburrido trasegar que se repite hasta el cansancio. Tan sólo cuando

llega un líder, un predestinado, toma sentido un pueblo y logra algo que ignoraba que podía lograr (43).

El discurso político del consejero es preciso y está unido a su cosmología. Para el consejero, las verdades últimas y las razones de los actos humanos escapan a la comprensión absoluta de los seres humanos; aunque el cosmos, por medio de los elementos celestes en el cielo nocturno, envía señales que pueden ayudar a reconocer el futuro. Pero, no hay sabios capaces de comprender de manera absoluta los mensajes celestes. Escribe el consejero al respecto: “Los astros, como tú bien sabes, nunca mienten, pero los hombres confundidos extraen de ellos mensajes contradictorios” (21). El único que tiene una comprensión infinita es Allah, y sus designios tienen un sentido que escapan a la cabal comprensión humana.

Para el consejero, la función del jefe es garantizar la permanencia del reino y darle seguridad a sus súbditos. Por este motivo no se puede juzgar de bueno o malo lo que hace el líder sino a la luz de la intención de mantener el bienestar del reino. Como la función fundamental del líder es sostener el reino, en la guerra todo está permitido, con tal de que la seguridad y la unidad del imperio se mantengan. En este sentido, la ideología política del consejero se ajusta a las ideas de Nicolás Maquiavelo. En *El príncipe*, Maquiavelo considera lo siguiente:

...al conquistar un Estado, debe el ocupador pensar en todos los actos de rigor que le es necesario hacer, y hacerlos todos de una vez, para no tener que renovarlos todos los días, y poder, no renovándolos, tranquilizar a los hombres y ganárselos haciéndoles el bien (105).

El consejero, en muchas de las cartas, evalúa los actos del Gur Emir. En particular se detiene en mencionar los actos que realizó Timur durante la guerra y su actitud frente a los vencidos. En ocasiones el guerrero perdonó a sus vencidos, pero en otras no lo hizo:

Mataba por necesidad, como los cazadores, y si alguno le acusa de deleitarse con tales masacres miente, porque él habría preferido tomar otras medidas. Sin embargo, en la batalla y fuera de ella, el deber para con la justicia y el bienestar de su pueblo lo convirtieron en el cruel verdugo de naciones enteras y su nombre será recordado por los sobrevivientes de esas víctimas como el de un carnicero implacable... (148).

Bajo este presupuesto, el Gur Emir, el rey, tiene derecho absoluto y sus actos deben estar orientados a garantizar el beneficio del reino. Koagin es un convencido que gracias al líder el reino se mantiene unido. Considera que en el ejército del Gur Emir hay truhanes, traidores, y personajes de todo tipo de calaña y estos no lo hacen distinto de ningún ejército del mundo. Pero, para el consejero, la diferencia de este ejército radica en la calidad de liderazgo que ejerce Timur.⁹

La audacia de su capitán es lo que los hace vencer siempre; la sapiencia y el coraje de quien da las órdenes son los que los preservan de la muerte, de la ruina o de la esclavitud. Sin él irían derecho al desastre. Y es esa misma audacia la que los mantiene unidos y la que les impide sublevarse para caer en la división y la desesperación (65).

Sin el líder el reino decae y puede llegar a perecer. Está tan seguro de ello que en muchas cartas menciona que después de la muerte del Gur Emir el reino comenzará su decadencia. Esa será la función principal del nieto de Tamerlán: evitar la desintegración del reino, o al menos retardar su desintegración.

En la historia de la literatura se conocen dos ejemplos importantes de obras políticas orientadas a la educación del príncipe: *Política de Dios*, *gobierno de Cristo* de Quevedo

publicado en 1626 y *El príncipe* de Maquiavelo, escrito en 1513 y publicado en 1532. Las ideas que expresan estos escritores son muy distintas y representan mundos diferentes.

Maquiavelo tiene una mentalidad independiente de la iglesia. Para el florentino la iglesia es un estorbo para el gobierno del príncipe. Al mencionar el gobierno del rey Luis, de Francia, en Italia y las alianzas que realizó con el clero, Maquiavelo escribe en *El príncipe*: "...yo les respondí que los franceses no entendían de las cosas de Estado; porque, si entendieran, no dejarían que la iglesia llegara a tanta grandeza" (87). Para Maquiavelo es claro que el gobierno del principado debe ser independiente de la iglesia. Este es uno de los grandes aportes a la teoría política moderna del florentino. Además, estas consideraciones ideológicas lo instauran de manera definitiva en una mentalidad burguesa naciente.

En cuanto a Quevedo, expresa claramente en su dedicatoria que el gobierno de los príncipes es debido a la voluntad de Dios; quien deja se encarguen o tutelen a las gentes de sus respectivos reinos. Quevedo escribe en *Política de Dios, gobierno de Cristo*: "A vuestro cuidado, no a vuestro albedrío encomendó las gentes Dios nuestro Señor, y en los estados, reinos y monarquías os dió trabajo y afán honroso, no vanidad ni descanso" (113). La concepción política de Quevedo es medieval, y hace que el Estado esté fuertemente influenciado, sino determinado, por las autoridades eclesiásticas. Esta forma de pensamiento no era de extrañar en un pensador español de la época de la contrarreforma. Históricamente fue España -sus teólogos y pensadores-, quienes más defendieron a la iglesia frente a los nuevos cultos luteranos y calvinistas. Además, consideraron indispensable que el imperio español fuera un aliado incondicional de la iglesia católica.

Quevedo toma a Cristo como el gobernante ejemplar que todo príncipe debe seguir. Para este pensador español, los príncipes debían de seguir en todo las enseñanzas dejadas por Cristo.

Al respecto escribe en *Política de Dios, gobierno de Cristo*:

Viendo Dios [...] tan achacoso el imperio de Adán [...] determinó de bajar en una de las personas a gobernar y a redimir el mundo, y a enseñar (bien a su costa, y más de los que no le supieren o quisieren imitar) la política de la verdad y de la vida” (117).

Para Quevedo, entonces, el príncipe existe como una representación de la voluntad de Dios para que, siguiendo las enseñanzas de Cristo en la tierra (plasmadas en las sagradas escrituras) gobierne bien y justamente.

En la concepción política de Maquiavelo no hay mención a las sagradas escrituras como modelo de la política. Los ejemplos de Maquiavelo vienen de la antigüedad y de los gobernantes que fueron sus contemporáneos o de tiempos cercanos. Maquiavelo escribió *Discursos sobre la primera Década de Tito Livio*, y de esta investigación obtuvo abundantes ejemplos de cómo debe gobernarse el principado. Además, en algunos de los apartados de *El príncipe* menciona ejemplos del imperio romano:

Los romanos, en las regiones que conquistaron, observaron muy bien estas reglas: mandaron colonias, mantuvieron a raya a los menos potentes, sin permitir que crecieran en poder; debilitaron a los que ya eran poderosos; y se opusieron a que los extranjeros de gran fuerza adquirieran la menor reputación (84).

En el caso de las recomendaciones que le hace el consejero Koagin al nieto del Gur Emir, se observa que su ideología política está incluida dentro de una cosmogonía: donde los designios de Allah son infinitos y no es posible reconocerlos de manera absoluta. Sin que el líder esté

signado a obedecer ningún tipo de autoridad religiosa, debe ejercer su liderazgo tomando como eje central de sus actos el conservar el reino y sus gentes. Si el líder logra mantener la paz y la tranquilidad en el reino, estará cumpliendo cabalmente con los designios divinos; sin importar los medios que ejerza para lograrlo. Por este motivo, el consejero nunca juzga duramente a Timur por las masacres cometidas sobre los reinos enemigos; para él, el Gur Emir cumplía con la obligación del líder: proteger al reino y garantizarle su tranquilidad.

En cuanto al valor dado a la religiosidad, el consejero menciona que el Gur Emir respetaba la diversidad religiosa. Además, le recomienda al nieto que utilice las creencias religiosas con fines políticos. A la manera de Maquiavelo, el consejero no considera que la religión deba determinar sobre el manejo del reino. En este sentido, ambos textos se diferencian de la concepción medieval de Quevedo. Escribe el consejero en *Tamerlán*:

La sabiduría de Dios tiene por tanto un valor político inmenso porque tranquiliza y vivifica cuando es preciso, pero también despierta y enardece cuando se hace necesario. Si recuerdas esto cada vez que oigas una plegaria o que escuches la llamada a la oración, tu corazón se alegrará y el temor reverencial que otros profesan será para ti inútil e inconveniente. No vaciles en combinar las creencias y adaptarlas a tus propósitos siempre que sea posible, como lo hizo tu abuelo con maestrías singular (118).

Al igual que la religiosidad, el consejero considera que la poesía debe ser utilizada con el fin de mantener la paz en el reino y la confianza y prestigio del líder. El Gur Emir respetó en muchas ocasiones a los poetas y sabios de los pueblos que conquistó. Para Tamerlán, estos personajes eran bienvenidos a su reino si así lo deseaban siempre y cuando le juraran fidelidad. Sin embargo, algunos sabios y poetas se negaron a seguirle, pero no por ello el conquistador los

ejecutó. Tamerlán valoraba a los sabios y poetas; pero no por ello dejaba de reconocer la importancia de utilizar a la poesía con fines propagandísticos. Después de narrar el diálogo de Tamerlán con el poeta persa Hafiz, quien se niega a quedarse en la corte del vencedor y no es detenido por el Gur Emir, el consejero escribe:

El Gur Emir tuvo en mente, después de este episodio, que la belleza y la claridad sonoras de la poesía iluminan los campos y atraen las bendiciones, animan a los guerreros y hacen más lozana la juventud y la fuerza [...] Esta riqueza vale más que muchas joyas y que muchos palacios, y tal vez florezca en un porvenir de exaltación (133).

Con este ejemplo, se nota que todo estaba supeditado a la función básica del líder: el mantenimiento del imperio.

El lector inquieto observará que *Tamerlán* es una novela novedosa y distinta; con una estructura que recuerda los textos apologéticos de la literatura medieval, por los exordios y los ejemplos que en este libro abundan. La intención fundamental de las cartas que escribe el consejero Mohamed Koagin, son las de aconsejar en el buen gobierno del reino al nieto del Gur Emir y animarlo al buen vivir, a la búsqueda de la felicidad por medio del estudio de las ciencias y de las artes. Los exordios incitan al nieto a la conveniencia de mantener la estabilidad del reino a cualquier costo. Por esta razón la función del líder se llena de sentido: garantizar que el reino se mantenga y perpetúe. Sin embargo, el consejero Koagin es pesimista en general del destino humano y desconfía de la durabilidad de los reinos en general y del imperio establecido por Tamerlán. Así, en muchos de las cartas, Koagin prepara al nieto en el gobierno de un imperio en decadencia.

La novela de Enrique Serrano deja una doble lección en su lectura: la finitud del poder y los desvelos humanos y la importancia de encontrar destinos que tengan sentido, como el de dedicarse a las ciencias o el arte. Intención que aprendemos también los lectores, así como el joven nieto del Gur Emir, gracias a los exordios y a la abundancia de ejemplos basados en la vida de Tamerlán. Además, muestra que algunos escritores colombianos contemporáneos no están atados al ámbito regional de su lugar de origen y que el mundo (actual o pasado) es un lugar propicio para el desarrollo de sus temáticas e imagerías.

BIBLIOGRAFÍA

Maquiavelo, Nicolás. *El príncipe*. Círculo de lectores: Bogotá, 1980.

Quevedo, Francisco de. *Historia de la vida del Buscón llamado don Pablos*. RBA Editores: Barcelona, 1994.

- - -. *Obras escogidas. Política de Dios, gobierno de Cristo*. Editorial Cumbre: México, 1978.

Serrano, Enrique. *Tamerlán*. Planeta: Bogotá, 2003.

- - -. *La marca de España*. Planeta: Bogotá, 1997.

- - -. *De parte de Dios*. Seix Barral: Madrid, 2000.

¹ Serrano, Enrique. *Tamerlán*. Planeta: Bogotá, 2003. Todas las citas del libro corresponden a esta edición.

² Las siguientes son la ideas que expresa el embajador Clavijo después de despedirse del Gran Emir –Timur en *La marca de España* : “Sin duda , un hombre terrible es también el anciano Tamerlán, que cojea con dificultad en su ruta a Catay y cuyo caballo ha pisoteado cráneos de niños inocentes. ¿Por qué Dios lo deja matar a tanta gente? ¿Qué puede haber detrás de estos misterios? Y, sobre todo, ¿cómo puede seguir siendo, después de todo, un buen hombre, recto y generoso, como en verdad es? ¿Cómo empezar a entender tan complicadas paradojas, después de haber bebido y comido en su mesa magnífica y de haber disfrutado de miles de pruebas de afabilidad y hospitalidad”(99).

³ Conviene señalar lo que dice Maquiavelo a Lorenzo de Médicis en *El príncipe*: “...porque mi intención ha sido que no exista más pompa y adorno que la verdad de los hechos y la importancia de la materia tratada en él” (77).

⁴ Escribe el consejero: “Sé que mis padres no murieron en él porque logré hacerlos huir meses antes, y que mis hermanos me odian y maldicen por haber militado por tanto tiempo en el bando de tan temible enemigo” (57).

⁵ Quevedo escribe lo siguiente en su carta dedicatoria en *El buscón*: “Habiendo sabido el deseo que v. m. tiene de entender los varios discursos de mi vida, por no dar lugar a que otro (como en ajenos casos) mienta, he querido enviarle esta relación, que no le será pequeño alivio para los ratos tristes” (9).

⁶ Es interesante observar que Maquiavelo, en su carta dedicatoria a Lorenzo de Médicis, señala que se encuentra en condiciones humillantes y espera que Médicis lo ayude: “Si *Vuestra Magnificencia* se digna bajar los ojos y ver la humillación a que me han reducido, comprenderéis cómo he soportado las injusticias que la adversa *fortuna* me ha hecho experimentar” (78).

⁷ Escribe el consejero sobre su hijo: “Te aconsejo que lo busques y que lo encargues de seguir en el mismo empeño. Es mi hijo muy amado y en su alma rebelde palpita la voluntad de hacer de la obra de Allah un paraíso a la medida del hombre. Muchas cosas tiene que reprocharme, pues he sido un padre pusilánime, pero su espíritu febril y enérgico puede hacer mucho bien si se le encauza con celo; tu misión es continuar lo que Timur ya ha empezado” (242).

⁸ En *El príncipe*, Maquiavelo es explícito en la intención de su escrito: “Desearía, sin embargo, que no se tomará como presunción el que un hombre de tan bajo e ínfimo estatus como yo osará discurrir y formular reglas sobre el arte de gobernar un príncipe” (77).

⁹ Para Maquiavelo, esta característica del príncipe es fundamental: “Ninguna cosa le granjea mayor estimación a un príncipe que las grandes empresas y las acciones raras. Tenemos a Fernando de Aragón, actual rey de España. A éste se le puede llamar casi príncipe nuevo, porque de rey débil que era se convirtió, guiado por la astucia y la fortuna más que por el saber y la prudencia, en el primer rey de la Cristiandad: si consideramos sus acciones, las encontraremos todas sumamente grandes y algunas extraordinarias” (143).